

MICHEL DUQUESNOY

Lineamientos para la práctica de la investigación en ciencias sociales.

*Aspectos cualitativos / Guidelines for the practice
of social science research. Qualitative aspects*

Editorial Universidad de Los Lagos, CEDER / PEDCH

Osorno, Chile (2012)

ISBN: 978-956-345-932-6, 176 págs.

Reseñado por

Jean-Jacques Dubois, Ph. D.

jjdubois@psycho-chamanisme.com

Université du Québec (UQAM)

Montréal, Canadá

Desde el principio, Michel Duquesnoy* anuncia que su libro “es concebido en tres partes relativamente independientes entre sí aunque supongan con evidencia estrechos vínculos” (p. 11). Es dable decir que los “estrechos vínculos” entre estas tres partes son tales que su independencia se desvanece en pos de sus recíprocas necesidades.

La primera parte constituye un sobrevuelo epistemológico que no descuida en nada los esenciales detalles susceptibles de llevar a cualquier distorsión en la meta científica tanto en etnología como en sociología. Todo el actual debate epistemológico está pedagógica y simplemente presentado, pero sin ningún compromiso con las más sabias, más sofisticadas y más esenciales sutilidades. Convoca a los grandes pensadores de la filosofía de las ciencias desde Immanuel Kant hasta Ilya Prigogine sin desatender las contribuciones de Émile Durkheim, Pierre Bourdieu, Karl Popper, Edgar Morin, Feyerabend y Lakatos. Al final de esta sección, el lector tiene el sentimiento de

entender mejor la dialéctica científica del sujeto observador y del objeto observado. Toda la epistemología cuántica de Copenhague se pone así al servicio de las ciencias humanas y sociales. Aquellas, no obstante, han debido recorrer todo un itinerario, por no decir una ascesis, para llegar a una científicidad de la verosimilitud. El autor retrata entonces los cuatro momentos importantes “*que llevan a la elaboración de una etnología verdaderamente científica*”: el conquistador Núñez Cabeza de Vaca, el fraile Bernardino de Sahagún, el padre Lafitau y el etnólogo Malinowski.

La segunda parte presenta la aplicación técnica, práctico-práctica, de la teoría elaborada en la primera parte. La congruencia teoría/práctica es remarkable. Uno puede tratar de buscar alguna disonancia cognitiva, pero es imposible pillar al autor. Que sea en la iniciación del viaje, del terreno y de la práctica antropológico-sociológica, al momento de la investigación y de la encuesta, en la calidad de la relación investigador-informador, en la misma observación, es decir, la mirada y la escucha, en las entrevistas, la cantidad y la cualidad de las informaciones y de las recomendaciones inspiran constantemente la prudencia epistemológica, garante del rigor científico, siempre acompañada de la preocupación del respeto del otro marcado por la delicadez. Uno siente perfectamente

* Reseña recibida el 28 de octubre de 2011; aceptada el 21 de diciembre de 2011. Vale la pena señalar que el texto original fue reseñado antes de su publicación en 2012; además, fue traducido del original por Patrick Puigmal antes de ser evaluado y aceptado. (Nota del Editor).

que el autor no escatima con una calidad comunicacional, esencial para la captación de pertinentes informaciones. La ética de Michel Duquesnoy no cede en nada a la glotonería etnológica; al contrario, es fundadora de sus principios epistemológicos.

La tercera parte consiste en cuatro apéndices que completan tanto la visión filosófica del conocimiento (primer apéndice), concretándose en la mirada etnológica (segundo apéndice), que en la elección apropiada de los métodos de investigación dentro de su pluralidad (tercer apéndice). Para terminar (cuarto apéndice), el autor insiste en esta idea suya respecto a que: “*el discurso científico aparece como una actividad sumamente descriptiva cuya pretensión es acercarnos de la realidad*”.

¡Cuántos impases metodológicos durante mi investigación doctoral habría evitado si hubiera tenido la suerte de leer, meditar y asimilar el libro de Michel Duquesnoy! El escenario epistemológico, todos idiomas confundidos –por lo menos en los idiomas de Cervantes, de Molière y de Shakespeare– se enriquece considerablemente con la llegada del libro de Duquesnoy. Este último puede tratar de pedir perdón por sus numerosos galicismos, la realidad es que la belleza de su escritura y la elegancia de su aproximación facilitan la comprensión de nociones epistemológicas muy complejas. Este libro con un contenido accesible a cualquiera que quiere hacer el esfuerzo de entender más allá o más abajo de lo conocido –que quiere «*liberarse*» de lo conocido” para explorar lo desconocido, diría Krisnamurti, Gassendi, Spinoza o Bachelard– no cede en nada frente a las complejidades, a las sutilezas y a las profundidades de las exigencias epistemológicas fundadoras de cualquier aventura científica susceptible de colonizar una u otra “*terra incognita*”. El pensamiento de Duquesnoy nos da aún un buen ejemplo en el campo epistemológico. Gracias a su capacidad, me atrevo a escribir casi romanesca, para hacernos descubrir los

arcanos, con todos sus exuberancias y eflorescencias, de un universo («*los discursos del método*») presentado con demasiada frecuencia, como para dar prueba de rigor, con seriedad, austeridad, insensibilidad, nos toma por la mano con dulzura y delicadez. Nos familiariza con los «*espíritus*» (teorías epistemológicas) de un “*mundo-otro*” (el universo enigmático de la ciencia). Su vigor desacredita un rigor envejecido heredado de la ciencia triunfalista y ruidosa del siglo XIX. Su vigor, lejos de conceder algún terreno al rigor, lo redefine dándole finezas y sutilidades hasta ahora inigualadas.

Así leyendo, uno se olvida que estamos frente a un riguroso aprendizaje académico. Aprendizaje púdico para una pedagogía lúdica. Púdico, pero sin pudibundez, conforme a este espíritu belga tan bien traducido por Brel. De hecho, Duquesnoy cuestiona la verdad científica de la tradición cartesiana francesa optando definitivamente por la verosimilitud gassendista, espinozista y nietzscheana, verosimilitud aun mucho más científica porque abre ad infinitum una búsqueda asintomática bachelardiana que acerca a la verdad sin nunca tener la pretensión de poseerla.

Lúdica, porque provoca el contraste con la soberbia intelectual francesa. El lector no tiene la impresión de que le están llenando el cerebro ex cátedra, sino más bien de jugar con el amigo Michel. Su libro es una iniciación chamánica que nos hace explorar los “*espíritus*” de su “*otro mundo*” científico. Esto es lo que significa cuando escribe: “*observar requiere tomar conciencia del objeto, es pasar de hechos concretos a las ideas*” (p. 124). ¿No podría ayudarnos, a nosotros, los occidentales, la idea de “*ideas platónicas*” para entender las sociedades chamánicas, nuestra alteridad? Y lo hacemos pasando de los «*tristes trópicos*» de Lévi-Strauss a los «*trópicos felices*» de Duquesnoy. Tenemos el sentimiento de salvarnos de los sortilegios y del furor de los espíritus y de los dioses «*científicos*» y de estar inmediatamente

familiarizados con un universo, que uno sea investigador con experiencia y novato, constantemente poblado de “trampas epistemológicas” que el chamán llamaría “espíritus maléficos”. Nuestra iniciación «chamánica» se hace suavemente a través de los meandros, las anfractuosidades, los pasos, los pasajes estrechos, los senderos de la Sierra, donde uno siente sin cesar las enunciaciones de los anunciados metodológicos de Duquesnoy que vienen, ciertamente, hacia el lector y, a la vez, se juntan con él en su aventura científica.

Con Duquesnoy, estamos, para parafrasear a Leibniz, en la mejor de las posibles epistemologías. Ningún científico contemporáneo podrá encontrar cualquier pecado metodológico en el autor. No obstante, Duquesnoy no se atreve a lo imposible, es decir, otra epistemología, la cual traspasaría la deontología, o rectitud (*correctness*) de la observación participativa. Es una lástima que no se haya atrevido a esta apertura paradigmática en lo que es la observación participativa. Su obsesión de no perturbar el sistema observado (perfil bajo en su participación en las actividades del grupo) le permite a la vez recopilar informaciones significativas, pero le impide explorar un nivel identitario que la trasgresión de la rectitud le permitiría. Absteniéndose de perturbar el sistema, o sea, respetando y manteniendo su homeostasis, no logra un nivel de información que sólo la heterostasis le revelaría. Un sistema abierto, cualquiera que sea, entrega mejor sus leyes, su identidad, si se aleja de su equilibrio cuando entra en una fase de caos. ¿No existe acá un imperativo epistemológico que desarrollar para nuestro decenio? Parece que Duquesnoy tiene la estatura para abordarlo y es un tema que me interesaría verlo abordar en un próximo libro.